

Tú eras ya el eco lejano de una melodía inacabada, diluida en el espacio, cuando los primeros acordes de mi vida comenzaron a sonar. No sabes como hubiera deseado traspasar el velo del destino, caminar por tu mismo camino, contemplar tu mirada serena y escuchar tu cálida voz. Sé que fuiste un ser especial, alguien que al partir dejó tras de sí, una estela poblada únicamente por buenos recuerdos. Tu existencia y la mía fueron separadas por el abismo de la distancia en el tiempo, pero esa barrera infranqueable para mí ha sido transparente porque he aprendido a conocerte más allá de esa imagen que me sonríe desde una antigua fotografía con eterna expresión benevolente, una bondad que casi se palpa, que se siente, y ni siquiera el paso de los años la ha podido borrar. Fue efímera tu existencia pero eso no te impidió dejar en la tierra un imperecedero legado de amor, y tal vez los sentimientos sean el único vínculo capaz de traspasar todas las fronteras, de mantener en contacto lo material con lo espiritual, lo humano con lo divino... un hilo magnético que nos mantiene unidos aunque nos encontremos en distintas dimensiones y que me permite percibir tu presencia transformada en una cálida brisa que me envuelve, me abraza ... que mece mis cabellos y a veces me pregunto ¿serán así los abrazos en el cielo?

Es posible que todo estuviera escrito, caligrafiado por el creador en ese alegórico libro donde se reflejan todas sus decisiones desde la noche de los tiempos; o quizás fuera simplemente un caprichoso designio del azar lo que determinó que tu camino y el mío nunca habrían de cruzarse en el espacio ni en el tiempo, que jamás podría escuchar el sonido de tu voz ni llegaría a observar la ternura reflejada en tus pupilas al mirarme.

Todo sucedió de forma inesperada. Rayaba el alba y la fatalidad, que acechaba entretejiendo sus oscuras redes suspendida en el aire del amanecer, te eligió a ti abuelo, nunca sabremos por qué.

Ése fue el comienzo de tu viaje. Haciendo tuyos aquellos versos de Antonio Machado: “partiste ligero de equipaje en la nave que nunca ha de tornar”, y los primeros albores de la aurora te vieron marchar, como un barco a la deriva navegando entre las nubes con rumbo a la eternidad. Todo aquello que amabas lo dejaste muy atrás y la parte del camino que te quedó por andar, se perdió entre las nubes, como estelas en el mar.

Si durante un instante, una sola milésima de segundo, tuviste la oportunidad de volver la vista atrás para ver la preciada senda que nunca habrías de volver a pisar, debió lacerarte el alma dejar atrás a tus hijas cuando sus alas aún no les permitían volar. La vida se te escapó como agua entre los dedos, diluida como un papel en contacto con el fuego. A lo lejos en tierra firme, quizás llegaste a entrever la silueta enlutada de la abuela despidiéndote en la bahía de tu Ítaca particular. Ella lo hubiera dado todo por poder emular a Penélope y tejer y destejer una y mil mantillas esperando el momento de reencontrarse contigo, pero la cruda realidad le golpeó de lleno en la cara haciéndole comprender, que tu nave había zarpado y nunca más habría de volver. Durante un momento sus cimientos se tambalearon y a punto estuvo de derrumbarse, pero los tres poderosos lazos de sangre que la ataban a la vida, fueron más fuertes que su dolor y supo alzarse por encima de su desdicha, y resurgiendo de sus propias cenizas, sus manos se aferraron con renovados bríos a los dos varales del carro dispuesta a tirar de él hasta el final. Desde entonces se multiplicó por dos para poder ser primero madre y padre después abuela y abuelo y ahora bisabuela y bisabuelo.

Cuatro décadas han pasado desde aquel triste amanecer y aún se yergue como una de las viejas encinas de nuestra Extremadura, firmemente aferrada a la tierra afrontando los envites del más fuerte vendaval, y continúa extendiendo sus protectoras

ramas intentando cobijarnos a todos cuando arrecia el temporal, a sus ochenta y nueve años aún pretende ser la panacea, el remedio que nos libre de todo mal. Pero yo conozco su secreto, y sé bien que le invade la nostalgia y en las noches estrelladas aún contempla el firmamento, esperando en vano que al rayar la aurora un marinero del alba la venga a visitar, y tal vez por un instante sueñe con el momento en que zarpe su velero, alumbrado por la luna que será su faro guía, rodeado por miles de estrellas balanceándose en las jarcias de su hermosa embarcación, e imagine el instante en que arribe en ese puerto donde se encuentra el edén en el que tú nos esperas al otro lado del sol, pero aguarda marinero, que no llegó su momento, aun no acabo su misión, que los lazos que la unen a la tierra son muy fuertes. Aún tendrás que ser paciente y el día que lo decida el destino, uno a uno irán zarpando nuestros navíos y surcaremos el aire para reunirnos contigo, en esa mágica dimensión en la que ahora te encuentras en la otra cara del sol. Y mientras llega ese día no te habrás ido del todo porque aun pervive tu esencia en el susurro del viento, en las gotas de rocío, en la tibia calidez de los primeros rayos de sol y en ese pequeño altar que he alzado para ti dentro de mi corazón.